

¿QUIÉN FUE REALMENTE JESÚS?

¿Por qué muchos, libros sobre Jesús que la ciencia bíblica no toma en serio tienen tanto éxito? Esto tiene una doble explicación. Por una parte, la figura de Jesús sigue ejerciendo una enorme fascinación. Y por otra, muchos de los que compran esos «bestseller» se muestran escépticos respecto a la forma como se presenta a Jesús en la predicación tradicional de la Iglesia y la respuesta a la pregunta sobre quién fue realmente Jesús esperan hallarla en otra parte, más en consonancia con el estado actual de la ciencia. Pero ¿qué es lo que en realidad se les vende? Nada más y nada menos que lo poco que ha dado de sí la investigación sobre la vida de Jesús a partir de la Ilustración. Eso sí: espolvoreado con algo de psicología profunda y de feminismo. El éxito de venta de esos nuevos libros sobre Jesús es, en 'última instancia, un síntoma de que las Iglesias cristianas no han superado todavía la problemática planteada por la Ilustración. Y esto a pesar de los enormes esfuerzos de biblistas y catequistas y, por supuesto, del Vaticano II. Consciente de la situación, el autor presenta en este artículo una visión de conjunto de los problemas debatidos entre los especialistas desde hace muchos decenios y ofrece una orientación para no perderse en medio de la maraña" de opiniones tan diversas. En el artículo que se extracta a continuación de éste, sin un gran aparato ni pretensión científica, Manuel Regal, no sólo nos hace ver cómo la mirada simple del creyente puede hacer de los Evangelios una lectura profundamente espiritual, adaptada a las condiciones de cada uno, sino que también muestra hasta qué punto, ay coherencia entre el Jesús de los Evangelios y el de la historia: el lenguaje que los evangelistas atribuyen a Jesús está en perfecta consonancia con el ambiente rural en que vivió.

Wer war Jesus wirklich? Orientierungshilfe eines Bibelwissenschaftlers, Stimmen der Zeit, 116 (1991) 579-596

Punto de partida

Reflexiones previas histórico-metodológicas

Ya a los primeros cristianos se les planteó la cuestión: ¿quién fue realmente Jesús? Primero en la discusión con los judíos y luego en la defensa contra herejes y musulmanes. Entonces, como más tarde, los cristianos se remitían simplemente a la Biblia.

El cambio se produjo sobre todo en el siglo pasado, cuando la historiografía, calcada sobre el modelo de las ciencias naturales, insistía en no aceptar de entrada las afirmaciones bíblicas como Palabra de Dios, sin comprobar primero su autenticidad histórica. Como en el AT, también en los Evangelios se distinguió entre unos relatos tempranos y otros más recientes e incluso tardíos. Cuando L. von Ranke planteó la famosa pregunta "¿qué es lo que pasó realmente?" se otorgó comúnmente un grado superior de credibilidad histórica a los escritos tempranos. Los más recientes presentarían una redacción claramente posterior, a menudo ampliada e incluso legendaria: Esto desembocó en la famosa distinción entre el "Cristo de la fe" o del kerigma y el "Jesús histórico".

El que, a partir de ese momento pretenda responder a la pregunta "¿quién fue realmente Jesús?" ha de examinar primero a fondo las fuentes de que disponemos, para poder dar razón de su antigüedad y de su forma de expresión. Y ha de estar muy atento para no introducir en la interpretación del texto sus propias ideas, por más plausibles y familiares que le resulten. La obra de A. Schweitzer sobre las vidas de Jesús (1906) está llena de ejemplos aleccionadores.

Las noticias más antiguas de Jesús

¿Cuál es la antigua noticia de Jesús más segura? Es la fórmula de fe que Pablo cita en la carta que, por el año 50, escribe a los cristianos de Tesalónica, y que tanto a él como a sus lectores les resultaba familiar: "Creemos que Jesús murió y resucitó" (1 Ts 4,14). En estrecha relación con esa fórmula de fe está el conjunto de temas centrales de predicación que cita Pablo unos años más tarde -hacia el 56- en 1Co 15,3-5: "...que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y después a los Doce". Tanto la introducción ("Lo que os transmití fue, ante todo, lo que yo había recibido") como la estructura y el léxico poco usual en Pablo delatan la cita de un texto anterior. Además Pablo subraya que ese anuncio, que él trae a la memoria, lo comparten los demás apóstoles (V. 11) y los mismos lectores.

Por lo visto, la muerte de Jesús requiere explicación. Pablo de hecho añade dos frases: 1) "por nuestros pecados", o sea no por los propios; "según las Escrituras", lo cual equivale a decir: la muerte de Jesús, lejos de estar en contra de las `promesas del AT, está en línea con ellas. La fórmula de 1Co 15,3-5 presupone más claramente que la de 1 Ts 4,14 que la muerte de Jesús no era en absoluto evidente, sino que contrastaba con lo que se esperaba de él como Salvador. El inciso "y fue sepultado" deja en claro cómo entendían entonces la muerte, de acuerdo con su inexorabilidad: la tumba no servía sólo para acoger el cadáver, sino al mismo difunto, y no se establecía una distinción clara entre tumba y ultratumba o infierno. Posteriormente, de acuerdo con otra representación de la vida de ultratumba, esto se expresó con aquel "descendió a los infiernos". En todo caso, lo que queda claro es que una muerte sólo aparente de Jesús está en total contradicción con esas primeras noticias sobre él.

La afirmación "resucitó" tiene también una doble apostilla. El "al tercer día" indica, como mínimo, una proximidad temporal con la muerte, incluso en, el caso de que lo que exprese sea el paso inesperado de la muerte a la vida, como interpretan algunos de acuerdo con el uso judío. Al añadir de nuevo "según las Escrituras", se indica que aquel "resucitó" resultó desde el comienzo tan extraordinario que hubo que añadir el testimonio de la Escritura para hacerlo creíble.

Otras expresiones paulinas (por ej. en Rm 6,9) dejan claro que la resurrección de Jesús es más que la reanimación de un cadáver o la simple vuelta de un difunto a la vida de este mundo. Se trata de la victoria, única en su género, sobre la muerte, de una vez para siempre. Para expresar este acontecimiento, que sobrepasa toda experiencia y comprensión humana, a los seres humanos no nos queda más remedio que recurrir a las palabras de nuestro propio ámbito de experiencia que sean capaces de describir en sentido figurado lo que queremos decir. Es así como los apóstoles echaron mano de expresiones como "levantar", "levantarse", "despertar", "despertarse" y también

"exaltar", "vivificar", para describir ese acontecimiento del todo singular. Sólo el que, contra todas las reglas de la lingüística, no tiene en cuenta este modo de hablar puede llegar a afirmar que Jesús "se despertó" realmente, o sea que no había muerto. Que "resucitar" y "despertarse" designan algo que supera todas nuestras representaciones lo muestra también el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre en los mitos, nunca la Biblia describe el acontecimiento mismo ni habla de testigos presenciales. Sólo se habla de Cefas, de los Doce y de otros a los que el Crucificado se les apareció resucitado, es decir, se les presentó vivo.

Entre las noticias más antiguas de Jesús hay que contar también el relato de la última Cena, que Pablo reproduce en I Co 11,23-25: La fórmula introductoria "la noche en que iban a entregarle" alude a la muerte violenta de Jesús. En su comentario, el más antiguo que se conserva de la última Cena, escribe Pablo: "Cada vez que coméis de ese pan y bebéis en esa copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que él vuelva". La práctica eucarística, que Pablo presupone, da testimonio del papel que jugaba el conocimiento de la muerte y de la resurrección de Jesús en la primitiva comunidad cristiana (véase también Rm 4,25; 10,9; 1P 3,18; Lc 24,34; Flp 2,611).

Importancia de estas noticias

Según los textos aducidos, los apóstoles y los primeros cristianos estaban convencidos de la muerte y resurrección de Jesús. De no ser así, nos habiéramos quedado sin noticias sobre Jesús. Su convicción les hizo descubrir quién era Jesús: el Mesías, el Señor y hasta el Hijo de Dios. Refiriéndonos ya directamente a los Evangelios, nos encontramos con que sus autores escribieron la vida y la actividad de Jesús a la luz de su fe en la resurrección y del conocimiento más profundo que ella y el Espíritu prometido por Jesús (Jn 16,13) les proporcionó sobre su persona. Como a los pintores cristianos del primer milenio (y del arte moderno), la inspiración les venía, no tanto del curso externo de los sucesos, sino de su auténtico significado. Para expresarlo se sirvieron del lenguaje de su tiempo, del que formaban parte las formas poéticas y de ficción, como se conserva en los mitos paganos.

La convicción de la muerte y resurrección de Jesús, que subyace en todos los escritos del NT, tuvo para la pregunta "¿quién fue realmente Jesús?" una consecuencia de peso: como resucitado, Jesús está por encima de nuestra realidad terrena y, por consiguiente, también de la competencia de la ciencia histórica, que se circunscribe a nuestro ámbito de experiencia. Esto vale aún más para su filiación divina proclamada a partir de su resurrección. El historiador puede llegar solamente hasta la fe y la predicación apostólica. Pero si prescindiese de la resurrección, el aspecto que los evangelistas consideran más esencial de la persona de Jesús permanece oculto para él. De ahí que la imagen de Jesús que proporcionan las fuentes "históricas" resulte una pura abstracción. Puede afirmarse con toda razón: el denominado "Jesús histórico", que los historiadores, utilizando sus métodos, sacan de los Evangelios, según la concepción de los autores bíblicos no ha existido nunca. Para ellos sólo ha existido el Jesús que fue crucificado y que resucitó.

¿Es que toda investigación histórica retrospectiva sobre Jesús es imposible o incluso está vedada para el cristiano? Hace unos 50 años que Bultmann sacó esta consecuencia, que con razón fue rechazada. Una vez que ha hecho irrupción el pensamiento histórico y

ha surgido el interés por el pasado, el hombre de hoy no tiene por qué dejarse de preguntar quién fue realmente Jesús. Además, la investigación histórica nos ha permitido penetrar en la índole peculiar de los Evangelios, que se fraguaron en la fe pascual. Teniendo en cuenta esa peculiaridad de los textos y aplicando los métodos históricos dentro de sus propios límites, una actitud crítica arroja luz sobre la verdad de la predicación bíblica y eclesial sobre Jesús. Sólo así es posible de una vez anclar el kerigma cristiano en la vida terrena de Jesús y defenderlo de las acusaciones de invención y mitificación.

El anclaje de la predicación de Cristo en la historia de Jesús

El bautismo de Juan

Los cuatro Evangelios y los Hechos concuerdan en afirmar que Jesús inició su ministerio público, mientras Juan, de cuya actividad nos da testimonio también el historiador judío Flavio Josefo, estaba bautizando. No está claro si Juan tenía algo que ver con la comunidad de Qumrán. De lo que sí podemos estar seguros es de que el judío Jesús, procedente de Nazaret, se hizo bautizar por él. Las diferencias redaccionales de los distintos Evangelios nos ponen en la pista del escándalo que este hecho, como la crucifixión, debió producir en los primitivos cristianos. ¿Acaso Jesús era inferior a Juan? ¿Necesitaba purificarse de sus pecados? Los evangelistas responden a esto redactando libremente un diálogo entre los dos (Mt 3,14s) y con desopciones, al estilo de los relatos epifánicos, de experiencias de Jesús o de los presentes: se abre el cielo, desciende el Espíritu Santo, se oye una voz del cielo (Mc 1,9-11 y par.). Es evidente que estos datos no pueden ser tomados como informes protocolares, sino como una predicación en forma narrativa que se ajusta a los modelos literarios del tiempo. He aquí un primer ejemplo de cómo hay que explicar hoy los Evangelios, distinguiendo bien lo que es la historia -el bautismo de Jesús- de lo que es kerigma, o sea, la presentación que la primitiva comunidad hace claramente de este suceso de cara a la comprensión del suceso por medio de la predicación.

Lo mismo hay, que decir de la distinta versión que nos dan los Evangelios de la relación Bautista-Jesús. Según la opinión más común, Juan habría considerado a Jesús como alguien superior a él. Según el cuarto Evangelio (Jn 1,35s), habría reclamado la atención de algunos de sus discípulos sobre Jesús como el cordero de Dios, y en el Evangelio lucano de la infancia incluso le habría ya reconocido desde el mismo seno materno (Lc 1,41=45). En las versiones más antiguas del hecho todo esto falta y en su lugar nos encontramos con la embarazosa pregunta del Bautista desde la prisión; "¿Eres tú el que ha de venir?" Deja perplejo el hecho de que no todos, ni mucho menos, los seguidores del Bautista se pasasen a Jesús y que incluso tras su muerte siguiesen predicando el bautismo de penitencia (Hch 18,25; 19, 3), lo cual obligó al autor del cuarto Evangelio a adoptar una actitud crítica al respecto (Jn 1,68). La conclusión que el historiador saca de todo esto es, más o menos, la siguiente: fuera de haberle bautizado, no medió entre el Bautista y Jesús ninguna otra relación estrecha, por más que Jesús hubiese quedado visiblemente impresionado por su predicación e incluso durante un tiempo estuviese en contacto con su círculo de discípulos. El título de precursor debe ser considerado como una reinterpretación hecha por la primitiva comunidad de su alusión a uno mayor que él en el sentido de Mt 3,1-3. Semejante procedimiento está en consonancia con el tratamiento del AT por parte del judaísmo y de Qumrán.

El tema central de la predicación de Jesús

La predicación de Jesús empalma con la actividad del Bautista, que, sin dejar nunca de bautizar en el Jordán, en su predicación amenazaba con el juicio de Dios sobre el pueblo pecador. Jesús no deja de tocar el tema del juicio (Lc 6,23-26). Pero cambia de escenario: se va a Galilea y allí anuncia en las sinagogas y al aire libre a todo el mundo, sobre todo a los pobres y marginados de todo tipo, la feliz noticia: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está ahí". Esto supone en él una conciencia singular de su propia misión, que él entendió como el cumplimiento de las promesas hechas por los profetas de que Dios se iba a manifestar en el futuro como salvador del pueblo y de todos los hombres.

El término *basileia* no puede traducirse adecuadamente con una sola palabra. Tiene el significado de "señorío" y de "reino" y, como tal, está tomado de la vida política. Pero es seguro que para Jesús no designa la llegada de Dios a la manera de un rey poderoso y la implantación de un estado nacional, libre de la dominación romana, como muchos israelitas, incluso entre los discípulos de Jesús, esperaban. Como indica la contraposición con el dominio de Satán (Lc 10,18), lo que Jesús quiso expresar era una concretización algo diferente de las esperanzas que el pueblo albergaba de una intervención salvadora de Dios, su preocupación por los oprimidos y un nuevo orden del mundo, que de otro modo, caído bajo el poder del mal, tocaba a su fin. Prueba de ello es la interpretación que el mismo Jesús da de sus exorcismos (Mt 12,28) y curaciones (Lc 13,16), consideradas como "milagros". Finalmente, el término adquiere un matiz especial por el hecho de que se trate del "señorío" de aquel a quien Jesús se dirige como Padre (Abba) (Mc 14,36; Lc 11,2).

En sus parábolas Jesús compara el Reino de Dios con un festín, una boda, la cosecha y el reencuentro. Con esto empalma con las esperanzas y los anhelos de los hombres, sobre todo de los pobres. Nadie puede arrebatarse a Jesús la autoría del núcleo de las parábolas. Con ellas pretende que sus oyentes rompan el estrecho molde de una concepción humana de Dios y se dejen así fascinar por su sorprendente modo de actuar. Jesús nos ofrece, pues, su propia y singular concepción de Dios y su profundo conocimiento del corazón humano.

Jesús estaba convencido de que, con su presencia y acción había arrancado algo nuevo, que no había alcanzado todavía su objetivo. De ahí su plegaria: "Venga tu Reino". La estrecha relación con el presente y con este mundo marca una diferencia esencial entre la predicación de Jesús y las expectativas apocalípticas, que contaban con la desaparición total de este eón y el surgimiento de otro completamente nuevo. Es posible que Jesús esperase la completa realización del Reino para un futuro inmediato, pero sin señalarle nunca un término preciso. Puede haber evolucionado. Nos lo muestra su perspectiva de la realización del Reino de Dios después de su muerte (Mc 14,25). En todo caso, es claro que no se trata de una realización automática. Jesús exige ante todo conversión (Mc 1,15). Y en este sentido las parábolas invitaban a abrir el corazón a su palabra y entregarse a Dios.

Toda interpretación del mensaje de Jesús ha de contar con el hecho de que los evangelistas formulaban la predicación de Jesús en función de sus lectores. Existen sentencias, frases aisladas, que se conocen con el nombre de "palabras del Señor". Es justamente en éstas en las que hay que estar más atentos a la perspectiva pascual. Para

los predicadores de la primitiva comunidad, Jesús no es una pura celebridad del pasado, sino el Señor que actúa en la Iglesia. Esas "palabras del Señor" se encuentran sobre todo en el Evangelio de Juan, en el que la llamada de Jesús a la fe se convierte en exigencias de fe en Jesús y su anuncio de la irrupción del Reino se presenta como promesa de vida eterna mediante su muerte y resurrección (por ej. Jn 10,10).

La interpretación pascual está presente también en las acciones simbólicas de Jesús -sus "milagros"- que forman una parte esencial de su predicación. Es en el cuarto Evangelio donde, aparece claramente esa tendencia, como se deduce de la comparación entre los distintos Evangelios y del estudio de los signos o "milagros" de Jesús en dicho Evangelio. La cuestión, debatida modernamente, sobre si esos "milagros" pueden ser considerados como una violación de las leyes de la naturaleza no es posible contestarla con los textos de que disponemos. Vale la pena advertir que el concepto de miraculum ("milagro" en el sentido que acabamos de explicar) no aparece en el NT por ningún lado.

Interpretación de la "Torá"

Forma parte esencial de la predicación de Jesús su posición respecto a la ley mosaica, la Torá. Jesús era judío y, tanto antes como durante su actividad pública, reconoció la Torá como una guía dada por Dios y la siguió. Es de suponer que estaba cerca de los fariseos, caracterizados por su celo por la ley. Lo cual no le impedía, como en su tiempo a los profetas, cuestionar su rígida interpretación de la ley. Prueba de ello es su crítica de la observancia formal de la dieta alimenticia y de la ley del descanso sabático. Esto le ocasionó graves conflictos con las autoridades de su tiempo. En particular no titubeó en declarar inválidas normas tradicionalmente consideradas sagradas; como la praxis del acta de divorcio. En cambio exigió la indisolubilidad del matrimonio.

Pero lo auténticamente peculiar de su interpretación de la Torá es su valoración del amor al prójimo. En el AT ya se exigía (véase Mt 5,43, citando Lv 19,18). Pero la novedad consistía en que Jesús enlazó este mandamiento con el del amor a Dios y que el concepto de prójimo lo extendió a los enemigos. Es aquí, y no en la renuncia a la violencia, donde gravita la nueva interpretación que de la Torá da el Sermón del monte. En esto han de distinguirse los discípulos de Jesús (Lc 6,32-35). La renuncia a la violencia y a la venganza es una consecuencia ineludible que está en función del amor al prójimo.

Ese amor al prójimo se fundamenta, para Jesús, en el amor de Dios, incluso a los pecadores. Con escándalo de mucha gente "piadosa", avaló Jesús esa actitud con los pecadores mediante su propio ejemplo: trataba con pecadores y pecadoras, comía con ellos e incluso acogió entre sus discípulos a un recaudador de impuestos. La unción en casa de un fariseo por parte de una pecadora pública, identificada más tarde con María de Magdala (Lc 7,36-50), ilustra esa actitud, que Jesús justificará con su famosa parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32).

En la valoración de los datos hay que contar aquí también con la aclaración y/o actualización posterior de las palabras originarias de Jesús y de su modo de actuar, realizadas en función de la perspectiva pascual. De seguro que es el caso de las duras palabras dirigidas contra los fariseos ("hipócritas", "serpientes", "raza de víboras": Mt

23,13.33) que difícilmente se compaginan con la prohibición de tratar a otra de "imbécil" o "renegado" (Mt 5,22) y que reflejan perfectamente la polémica de los cristianos contra sus más ardientes adversarios. Esto vale también para la síntesis artificiosa y la formulación, a base de antítesis, de Mt 5,21-45, que antepone deliberadamente la autoridad de Jesús a la de Moisés. Posiblemente las palabras de perdón a la pecadora (Lc 7,47) y a algún que otro enfermo (Mc 2,5) fueron fruto también de la reflexión pascual: el modo de proceder propio de Jesús lo hacía plausible. Jn 15,12 actualiza para la primitiva comunidad el mandamiento del amor al prójimo mediante la referencia al amor de Cristo: "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado".

Llamamiento de los discípulos

En el poco tiempo que duró su actividad, reunió Jesús un grupo de discípulos. No todos los que le escucharon fueron de ellos, sino un número reducido que no alcanzaría la cifra simbólica de 70 (Lc 10,1). Dentro de este grupo, los Doce, que más tarde se llamaron Apóstoles, ocuparon un lugar especial. Probablemente su número aludía simbólicamente a la misión de Jesús con las 12 tribus de Israel. Su seguimiento radical, que incluía la renuncia a vínculos de familia y su disposición al martirio (cruz), tenía un doble objetivo: ser signo de la misión de Jesús, que se remitía al fin de aquella época histórica, y apoyar con su predicación su tarea de llamar al pueblo a la conversión y reagruparlo, de acuerdo con la expectativa judía.

Es innegable que un grupo de mujeres le acompañaba y permaneció en el Gólgota cerca de él, en cuanto las prescripciones romanas lo permitieron. Es de suponer que fueron ellas las primeras en participar del mensaje pascual, como indican los tardíos relatos del sepulcro vacío. No hay datos sobre un llamamiento especial o una misión, lo cual hace pensar que no tuvo que corresponderles la misma función que a los discípulos.. Pero, como después de la resurrección, el término "discípulo" se amplió a todos los cristianos, fácilmente pudo considerarse más tarde a esas mujeres como "discípulas". Por más que la escena de la Samaritana (Jn 4) se base en una interpretación postpascual, no hay duda de que Jesús adoptó una postura exenta de todo prejuicio respecto a la mujer, que, para él poseía el mismo valor y dignidad que el hombre. De una relación íntima entre Jesús y María de Magdala, tan en boga en novelas a partir de la Ilustración, no hay ciertamente ni rastro en la Biblia.

Si nos atenemos a las fuentes bíblicas, la actividad de Jesús y de sus discípulos obtuvo al comienzo un eco muy positivo. Ciertamente que Jesús se quejó de que ni en Nazaret -su patria- ni en Cafarnaúm se le dio fe. Hay razones para suponer que, tras una corta "primavera galilea", siguió una crisis: muchos se separaron de Jesús, que en adelante se dedicó preferentemente al círculo de los discípulos. Prueba de ello son, tal como aseveran las tradiciones evangélicas, el cambio operado tras la multiplicación de los panes, la pregunta hecha a los discípulos -"Y vosotros ¿quién decís que soy"- y las alusiones de después a la pasión. Humanamente hablando, Jesús no alcanzó el anhelo, que como judío se había forjado, de convertir y aunar a Israel.

Así pues, desde el punto de vista del historiador, tanto el llamamiento de los discípulos como el objetivo de la actividad de Jesús sólo a grandes rasgos pueden ser esbozados. Los datos que poseemos están muy influenciados por la experiencia pascual. A partir de

la resurrección los discípulos tomaron conciencia de que la obra de Jesús había que continuarla en su Iglesia de una forma nueva y se sintieron testigos de Jesús -de su obra, de su muerte y de su resurrección-. Podían también comprender muchas alusiones de Jesús respecto al rechazo por parte de los líderes religiosos como auténticas predicciones, lo cual ayudaría a los lectores de los Evangelios a entender el destino trágico de Jesús y a reconocer la exigencia de seguirle por el camino de la cruz (véase Mc 8,34s).

Fin de la actividad de Jesús

Los datos evangélicos no nos permiten concluir con seguridad cuánto duró la actividad pública de Jesús. Las hipótesis se mueven entre medio año y de dos a tres años. Lo único seguro es que Jesús fue crucificado en :Jerusalén por Pascua. Según los Sinópticos esto sucedió el 15 de Nisán, el día de la fiesta de Pascua. Según Juan, el 14, o sea, la víspera de la fiesta. Algunos investigadores han calculado para esta última fecha el 7 de abril del año 30 ó 33. Previamente hubo un enfrentamiento con los círculos oficiales de Jerusalén a causa de la interpretación que daba Jesús de, la Torá y de su porte digno y lleno de majestad. Todo esto no sólo despertaba la esperanza de un Mesías, sino que cuestionaba a los líderes religiosos. El enfrentamiento culminó en la llamada "purificación del templo", una acción de protesta contra los abusos, en el decurso de la cual se manifestó sobre la provisionalidad del templo existente.

Por este tiempo Jesús debió sentir claramente que muy pronto le aguardaba un final como el del Bautista. No es de extrañar que se decidiese a organizar una cena de despedida para preparar a sus discípulos para lo que se les venía encima. Si esta "última cena" fue realmente pascual o si fue interpretada y presentada así retrospectivamente es algo que la investigación crítica no puede determinar, dado que los Evangelios no se expresan unánimemente sobre el término. Con dos acciones simbólicas, ofreciendo pan y vino con las correspondientes palabras explicativas, indicó Jesús a los discípulos su muerte inminente.

Los sucesos que siguieron -agonía en Getsemaní, traición de Judas, proceso ante el Consejo supremo y sentencia de Pilato- apenas si es posible reconstruirlos con precisión paso por paso. Es muy probable que Jesús fuese entregado por el Sinedrio a Pilato bajo el pretexto de ser un revolucionario político. Este le condenó junto con otros dos a la crucifixión, castigo típico entonces para los agitadores políticos. Lo confirma la inscripción de la cruz: "Jesús de Nazaret, rey de los judíos". A diferencia de sus compañeros de tormento, Jesús murió pocas horas después, mientras que los crucificados a menudo debían aguardar mucho hasta que morían. Apenas hay-duda de que, tras su muerte, Jesús fue colocado en un sepulcro individual por José de Arimatea, personaje conocido incluso de las mujeres que acompañaban a Jesús desde Galilea.

¿Cómo es posible que históricamente conozcamos tan poco con seguridad de los últimos días y horas de Jesús? Esto hay que achacarlo al hecho de que los relatos de la pasión, están dominados por la tendencia a presentar la muerte en cruz de Jesús como cumplimiento de los textos del AT. Es lo que se pretendía también con la fórmula "según las Escrituras", arriba mencionada. Los judíos piadosos podían fácilmente interpretar la muerte en cruz como castigo de Dios, según aquello: "Maldito el que pende de un madero" (Dt 21,23). De ahí la cantidad de referencias al AT de los relatos

de la pasión, por ej. a propósito de los 30 siclos o monedas de plata (Mt 27,9; Jr 32,611), el desenmascaramiento del traidor durante la cena (Jn 13,18; Sal 41,10), el vinagre que se le da a beber (Mc 15,36; Sal 69,22), las tinieblas en pleno día (Mc 15,33; Am 8,9; Jr 15,9), la repartición de los vestidos (Jn 19,24; Sal 22,19), el último clamor de Jesús (Lc 23,46; Sal 31,6). Con el conocimiento de la resurrección de Jesús .podían los evangelistas presentar su visión creyente de su muerte con las palabras del centurión romano. "Realmente ese hombre era Hijo de Dios". Esta presentación puede dejarnos hoy algo insatisfechos respecto al desarrollo externo de los acontecimientos. Los médicos, por ej., no disponen de datos para determinar la causa de la muerte de Jesús. Pero dicha presentación confirma, no obstante, la realidad, que vivida como un escándalo requería explicación, de la ignominiosa muerte de Jesús.

¿Es realmente Jesús el Mesías, el Señor, el Hijo de Dios?

Los Evangelios que tenemos a nuestra disposición nos proporcionan, pues, relativamente pocos datos históricamente seguros. Y esto incluso cuando se prefiere el punto de vista de no pocos exegetas que no son tan exigentes como nosotros.

Este resultado le deja a uno muy escéptico respecto a los repetidos intentos de elaborar, a base de los cuatro Evangelios canónicos y utilizando el método histórico, un "quinto Evangelio", en frase feliz de H. Schlier. Como ya advirtió Lessing, por su carácter hipotético, basado en meros juicios probables, semejante extracto no podrá ofrecer nunca una base digna de confianza para la absoluta seguridad que presupone la fe.

En cambio, los textos de que disponemos exigen que no nos contentemos con la visión externa del historiador, sino que descubramos la dimensión profunda de la vida y muerte de Jesús, que nos ofrecen los evangelistas y que es la que ha fascinado durante 2000 años a hombres y mujeres y les ha animado a creer: Su credibilidad se basa, en frase de los Evangelios, en el Señor resucitado, que, mediante su aliento vital, introduce 'en la verdad plena a los que creen en él (Jn 16,13).

Como hemos visto, el anuncio de Cristo está históricamente bien anclado. Y ésta es la diferencia esencial entre los Evangelios y los antiguos mitos. Además, la más reciente investigación reconoce suficientemente que el anuncio que hace la Iglesia de Cristo está firmemente anclado en la vida y la actividad terrena de Jesús. Y por esto no puede calificársele del "mito de Jesús", ni siquiera en el sentido que hoy se le da a la palabra "mito", como alguien fuera de serie, admirado por todos y, por esto, sublimado.

Cristo (Mesías)

Ya en los escritos más antiguos del NT Jesús es designado como el "Cristo". Lo que no resulta claro es si Cristo (traducción griega del hebreo *masiah* Mesías: el Ungido) ha de entenderse como título de un cargo o función o bien como nombre propio, como sucede ahora. Una revisión crítica de los Evangelios lleva a la bien fundada suposición de que Jesús durante su actividad pública nunca se declaró expresamente como "Mesías". La llamada confesión mesiánica de Pedro (Mc 8,29) es probablemente redaccional, o sea, atribuible a los evangelistas. Como mínimo, el contexto obliga a reconocer que Jesús no aceptó, sin más, tal reconocimiento. Por el contrario, muchos exegetas consideran como

históricamente fiable únicamente el uso del título de Mesías en boca de los oyentes de Jesús.

De todos modos, tanto el título de la cruz como la más antigua predicación de la Iglesia muestran que Jesús con su presencia despertó esperanzas mesiánicas. La única razón sería en que se apoya esta afirmación es el carácter singular de la misión que Jesús reclamó para sí. Si los apóstoles, pues, después de la resurrección, le anunciaron como Cristo, esto no fue una invención, sino la trasposición conceptual y lingüística de la autoridad que estaba en la base del singular modo de actuar de Jesús. El había actuado como Mesías.

El título de "Mesías" vincula a Jesús con la historia de Israel y con las esperanzas de salvación anunciadas por, los profetas. Con el AT como telón de fondo, el Jesús de la primitiva comunidad adquiere un perfil nuevo. A eso hay que añadir que los apóstoles reinterpretaron el título de Mesías. Esa reinterpretación, que puede remontarse al mismo Jesús, está en la línea de los profetas veterotestamentarios. Así como Jesús rechazó una falsa interpretación política de su misión y probablemente por esto evitó el título de Mesías, vieron los Apóstoles en él no un Mesías que, a la manera de un nuevo David, había de asegurar una nueva existencia política para el pueblo, sino al heredero de las promesas del AT, que abría el camino hacia la plenitud de la vida a todos, tanto individualmente como comunitariamente, en la Iglesia.

Señor (Kyrios)

Por aquel entonces, "Señor" designaba a una persona que, tanto en el ámbito profano como en el religioso, tenía poder sobre los demás. En última instancia, el concepto podía referirse en el mundo helenístico a los dioses y en la Biblia a Yahvé. En el NT Kyrios se emplea a menudo como tratamiento honorífico, aun en el caso de Jesús (compárese con el inglés "Sir" y el castellano "Don", aunque hoy hayan perdido su valor). Pero el término se aplica con frecuencia a Dios para expresar su majestad suprema. En este sentido se aplica también a Jesús en virtud de la resurrección y de su exaltación como Kyrios (Rm.10,9; Hch 2,39). Como "Señor" que decide de la salvación de todos los hombres (Hch 4,12) se le invoca también con el arameo *Maranatha* ("Señor nuestro, ven"; cf. Ap 33,20). Según el antiguo himno cristológico de Flp 2,6-11, porque se abajó, se le concedió a Jesús el título que sobrepasa todo título. Con esto está dicho que, a diferencia del Mesías davídico que esperaban los judíos, el Kyrios Jesús es situado al nivel de Dios, sin que esto signifique que es idéntico a él.

En su comentario a las palabras de la última Cena, pone Pablo en relación el título de Kyrios con Jesús crucificado: "...proclamáis la muerte del Señor, hasta que él vuelva" (1Co 11,26). Según muchos intérpretes, lo mismo hacen los evangelistas cuando utilizan el tratamiento de "Señor", que en las tradiciones subyacentes no tiene sino el sentido honorífico normal, en la línea del título postpascual (por ej. en Mc 7,28). Es claro que el título aplicado al resucitado en los relatos de las apariciones hay que interpretarlo también así (Jn 20,28: "Señor mío y Dios mío"). Esa forma de designar a Jesús, escandalosa para los judíos, está anclada, en último término, en la actitud llena de dignidad de Jesús y en su enseñanza. Con esto sobrepasó de mucho las esperanzas que los judíos de su tiempo tenían puestas en el Mesías.

Hijo de Dios

En la primera conclusión del Evangelio de Juan se lee: "Esto lo hemos escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios" (Jn 20,31): A este objetivo corresponde en 1 Jn la insistencia en la filiación divina. Hace años, muchos investigadores opinaban que ésta era una interpretación tardía de Jesús en la línea de la apoteosis (deificación) de hombres, de otras religiones. En contra de esto, recientemente exegetas de prestigio son justamente del parecer de que la filiación divina de Jesús se presupone ya en las cartas paulinas de la primera época y, por consiguiente, pertenece a los temas más antiguos de la primitiva Iglesia. Se aducen numerosos textos (por ej. Ga 4,4; Rm 8,32).

Hay que tener en cuenta que el título de "Hijo de Dios" tiene en la Biblia muchos sentidos. Es de suma importancia la siguiente distinción:

1. El título "Hijo de Dios" le sobreviene al rey desde el día de su entronización por razón de su cargo. Así, en Sal 2,7, citado con frecuencia en el NT. En este sentido, Jesús de Nazaret, como rey mesiánico entronizado en Pascua, podía ser designado "Hijo de Dios", tal como la formulación de Rm 1,4 permite todavía reconocer.

2. Pero "Hijo de Dios" se usa también en el NT muchas veces como designación para expresar el singular origen de Dios como Padre que posee Jesús. Y esto claramente en Jn, pero también en Mt (16,16), en Mc (15,39) y en las cartas paulinas, (Ga 4,4; Rm 8,32). Pero "Hijo de Dios" como designación de origen no tiene nunca en la Biblia el sentido de una procedencia física de Dios, a la manera como, en los antiguos mitos, Hércules pasa como hijo natural de Zeus. Cuando Jesús en la predicación de la primitiva Iglesia, es designado, pues, como "Hijo de Dios", para expresar así su origen divino, este título se usa siempre en sentido análogo, o sea dé forma figurada o metafórica, que intenta expresar, con términos de nuestra experiencia, el origen de Jesús, nunca adecuadamente formulable con palabras humanas. Esto, desgraciadamente, no siempre se observa lo bastante en la enseñanza y en la predicación, y gran parte del rechazo actual de estas afirmaciones bíblicas se dirigen, en última instancia, contra una falsa interpretación mítica del mensaje bíblico.

Dado que Jesús durante su vida terrena nunca se aplicó el título de "Hijo de Dios", también aquí se plantea la cuestión del anclaje postpascual de esta predicación de la primitiva Iglesia. Aquí, incluso más que en el título de Kyrios, cabe remitirse a la actitud de Jesús, especialmente en su intimidad con Dios y en su forma de dirigirse a Dios como *Abba*, de la que no existen paralelos en el AT y en los escritos judíos. Cuán importante era, para los primeros cristianos, este título, que primero sólo usaron con reservas, lo muestra la circunstancia de que ellos precisamente por la defensa de este título tuvieron que soportar el enfrentamiento con la comunidad judía y la dolorosa separación de ella que se siguió. El tema de la filiación divina tuvo en los Evangelios de la infancia su variante. En ellos se subraya la concepción de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, pero, a diferencia de los antiguos mitos, nunca se describe. En este punto el exegeta debe dejar abierta la cuestión de si la maravillosa natividad de Jesús que allí se narra ocurrió histórica y biológicamente tal cual o bien sólo ha de tomarse como símbolo que remite al especial origen de Dios que posee Jesús.

Si los cristianos desde el comienzo han anunciado como misterio central de la fe la filiación divina, auténtica aunque siempre entendida analógicamente, ésta posee para la

fe cristiana una significación central y profunda. Si Jesús fue "realmente... Hijo de Dios" (Mc 15,39), en el Gólgota no murió un hombre cualquiera, aunque grande y, si se quiere, el representante ideal de la humanidad, sino aquel que de una forma del todo singular era uno con Dios (Jn 1,1.18) y en el cual Dios mismo ha tomado y toma parte en las miserias de la humanidad. Gracias a Jesús como Hijo y juntamente "imagen del Dios invisible" (Col 1,15), experimentamos por fin quién es Dios y cuánto le importamos a Dios los hombres, a pesar de nuestros pecados y de mal uso que hacemos de nuestra libertad.

Cuatro tipos de respuesta a la pregunta ¿quien fue y quien es Jesús?"

El esbozo de los cuatro tipos de respuesta puede ayudar al lector a situar las distintas opiniones que hoy se proponen.

1. Los círculos oficiales judíos de Jerusalén -¡no todo el pueblo judío!- vieron en Jesús a un agitador, a un falso Mesías e incluso a un blasfemo. Según los evangelistas exigieron su muerte y calificaron su resurrección de engaño de los discípulos. En el decurso de la historia la mayor parte de judíos aceptaron esta versión. Les confirmó en ella, desgraciadamente, la conducta antievangélica de los cristianos. Desde la Ilustración muchos científicos y escritores, educados dentro del cristianismo, dan una respuesta parecida. Cuestionan la pretensión de Jesús y achacan a los discípulos y a toda la cristiandad un engaño.

2. Ya desde el tiempo de los Apóstoles se levantan voces que, si respecto a Jesús resultan fundamentalmente positivas, ponen en cuestión afirmaciones esenciales de la predicación apostólica. Ya Pablo se les enfrentó, cuando quiso dejar bien claro que él predicaba a un Mesías crucificado; "escándalo para los judíos y locura para los paganos" (1Co 1,23). Fascinados por la cultura greco-helenística, pretendían, por lo visto, como más tarde los gnósticos, dibujarles a sus partidarios una imagen de Jesús compatible con sus concepciones filosóficas: Semejante es el caso de Arrio, quien, con su teoría, colocaba la divinidad de Jesús en un segundo rango. En esta línea van también muchas teorías en los dos últimos siglos, mientras ha estado en boga el debate sobre Jesús y el protestantismo liberal. Lo mismo vale para las declaraciones de muchos literatos, filósofos y últimamente bastantes autores judíos. Todos esos pensadores poseen en común que tienen en gran aprecio a Jesús, como hombre y como judío, y que no aceptan el anuncio de su resurrección y de su divinidad, porque no responde a su concepción del mundo y de Dios. Prescindiendo de unas pocas excepciones, a sus explicaciones les falta una valoración crítica de los Evangelios.

En este tipo de respuesta, divergente en muchas particularidades, se incluyen los nuevos *bestseller* sobre Jesús. Sus autores pretenden haber descubierto la verdadera imagen de Jesús, que la predicación de la Iglesia habría tergiversado. Consideran como informes protocolares (rigurosamente "históricos") textos bíblicos seleccionados sin crítica alguna y los amañan con sus propias ideas, para presentar a Jesús como el ideal de hombre para nuestros días.

3. Muchos teólogos últimamente dan otra respuesta. Por un lado, consideran la predicación bíblica sobre la resurrección de Jesús como un puro medio interpretativo para poner de relieve el valor significativo de su persona y de su enseñanza. Conciben

los títulos de Mesías, Kyrios e Hijo de Dios como formas de expresión condicionadas por la época y no se atreven a hablar de una preexistencia de Cristo. Pero, por otra parte, afirman decididamente que en Jesús nos sale al encuentro Dios en medio de este mundo. Se sienten interpelados por Jesús a una vida de fe y amor. Esas nuevas interpretaciones del anuncio bíblico de Jesús producen a menudo la impresión de que reducen el mensaje de Jesús a una exigencia ética ("el asunto de Jesús"). Y más en concreto, es difícil no descartar de un plumazo ese tipo de respuesta interpretándolo como una reducción de la fe cristiana. En todo caso sus representantes deberían preguntarse si es verdad que se ajustan a los datos de toda la Biblia y de la tradición de la Iglesia o, por el contrario anuncian "a otro Jesús" (2Co 11,4).

4. A la pregunta de "¿quién era Jesús?" las grandes Iglesias cristianas responden con la profesión de fe. Los teólogos que la guían, como los documentos del Vaticano II de principio a fin, reconocen que el lenguaje de la Biblia y de la Iglesia requiere hoy de traducción. Pero subrayan que Jesús no fue sólo el hombre decisivo y que nos señaló el único camino para una vida plena. Ellos confiesan que Jesús, como "verdadero" Hijo de Dios que es, con su muerte y resurrección nos ha salvado de una situación sin salida y que a él le invocamos como al Señor "verdaderamente" resucitado y viviente. En la práctica o en el rechazo de la plegaria a Jesús está la piedra de toque de si una nueva exposición de los Evangelios hace justicia o no a las afirmaciones de toda la Biblia.

La pregunta "¿quién era Jesús?" se convierte, pues, en esta otra: ¿quién es Jesús?". Y es el mismo Jesús el que, desde los Evangelios, nos hace la pregunta: "Y vosotros ¿quién decís que soy yo?" (Mt 8,29). El que quiera contestar con los Apóstoles y con las Iglesias cristianas no ha de olvidar nunca que "nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!, si no es impulsado por el Espíritu Santo" (1 Co 12,3). Esto no sólo es una vacuna contra cualquier tipo de prepotencia o arrogancia, sino exige una gran dosis de tolerancia respecto a los que piensan distinto de nosotros, junto con una esperanza firme de que un día Jesucristo ha de colmar también sus anhelos. La predicación de la Iglesia conserva una palabra del Señor que nos puede hacer meditar: "No basta con decir `¡Señor, Señor!', para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre" (Mt 7,21). Lo que importa no es sólo la fe -la ortodoxia-, sino la acción -la ortopraxis-.

Tradujo y condensó: MARIO SALA